

## Una idea estúpida

*Au début de l'été 2007, avec Simon Élias nous avons réalisé un projet un peu stupide, une boutade, voire une brève de comptoir... De la Face Ouest du Naranjo de Bulnès à l'Éperon Sud du Firé en passant par le Pilier du Cotatuero à Ordesa, gravir les trois grandes voies de la mythique cordée de Rabada et Navarro dans la journée. Simon raconte bien les histoires.*

El coche de Christian Ravier es como un pequeño ecosistema. A los pies del asiento del copiloto se extiende toda una sabana de envoltorios desechados, latas vacías y barro de cien botas de montaña. La palanca de cambios se yergue solitaria como un árbol desmochado naciendo entre el fértil humus de esparadrapo, bolígrafos, monedas y mecheros. En los asientos traseros se agolpan varias mochilas, dos bolsos, una pequeña nevera y varias carpetas llenas de tantas rutas de escalada como un hombre puede escalar en siete vidas. Así es Christian, escala y vive por siete. Entre los topos un par de arneses con el material todavía colgando, con el descensor engarfiado al anillo ventral, con los friends y los empotrados tintineando en cada curva que el cochetoma con apresurada velocidad. En el maletero varias cuerdas, una caja con latas de conservas y un hornillo de gas, también un petate con el taladro y todo lo necesario para escalar cualquier pared a la primera de cambio. El material y los sentidos siempre dispuestos para la aventura, para una de esas muchas escaladas que sólo existen en la imaginación de este prolífico pireneísta. Pero esta vez, buscar territorio inexplorado no es el objetivo del viaje, mientras recorremos las carreteras de Picos de Europa, esta aventura ha nacido de una estúpida idea.

Hace menos de tres días que Christian me llamó por teléfono.

“Simón tengo una idea... divertida, vamos a escalar las tres grandes paredes de Rabada y Navarro en un día”.

“¿El Naranjo de Bulnes, el espolón de Gallinero en Ordesa y el mallo Firé en Riglos en un solo día? Esto es una locura.

Christian me recogería en Bilbao al mediodía, conduciríamos hasta el collado de Poncebos y escalaríamos el Naranjo de Bulnes al atardecer. Así podríamos conducir hasta Ordesa durante la noche y escalar las dos rutas restantes al día siguiente. El planteamiento era genial. “Así”, decía Christian, “a la noche recorreremos las carreteras de la costa y podremos parar a tomar copas y a conocer chicas”. Decía esto en su español arrastrado, con una sonrisa tímida iluminando el rostro moreno, quemado por el sol de tantas ascensiones.

Es una idea estúpida pero genial, pienso mientras conduzco por la autovía de Vitoria a Pamplona y Christian lía un cigarrillo con los pies descalzos sobre el salpicadero del Peugeot. Habíamos escalado los 700 metros de la Rabada Navarro de la cara Oeste del Naranjo en cuatro horas y todo iba según lo previsto a excepción de una parada de la policía autónoma vasca a las 2 de la mañana, incapaces de entender qué hacíamos yendo de Picos de Europa al Pirineo cruzando España a medianoche. Ninguno de los dos duerme, si uno conduce el otro le da conversación, le acerca la botella de agua o repasa, una y otra vez, los topos de las rutas que vamos a escalar. El amanecer se perfila detrás de las laderas que cierran el valle de Broto hacia el Este. Christian agarra firme el volante con una mano retorcida bajo el antebrazo mientras en la otra sostiene un plátano que va masticando lentamente. A las seis de la mañana hemos llegado al parking de la pradera de Ordesa y la sensación de salir caminando por el bosque de hayas es un poco violenta. La luz intenta atravesar débilmente el frondoso techo del bosque y nosotros respiramos con dificultad

durante la primera subida. ¿Qué hacemos aquí? Quizás en el fondo esto sí sea una idea estúpida y caigamos presos de nuestras propias motivaciones. El pilar del Gallinero es la escalada más complicada. Estamos cansados y los largos de cuerda se repiten sinuosos mientras el sol nos adormece en las repisas. Finalizamos la escalada a las 12 del mediodía, los dos estamos agotados y comienza a llover débilmente. El cielo estrellado y limpio del amanecer se ha transformado en una gruesa acumulación de nubes de tormenta. Corremos ladera abajo y según nos acercamos al valle, el ánimo se recupera y la idea de finalizar la aventura con éxito empieza a tomar forma. En apenas dos horas de viaje estaremos en Riglos y haremos el mallo Firé, trescientos metros más de escalada después de los 1.100 que ya hemos realizado. En el coche Christian canta mientras conduce acompañando el sonido de un casete que ha rescatado de la floresta bajo mis pies. Yo intento dormir entre el intenso vaivén de las curvas y la entonación, horrible, de mi compañero francés. Cuando llegamos a Riglos comienzan a caer gruesas gotas de lluvia. En un momento todo se inunda, los desagües no son capaces de soportar el ritmo y las calles se cubren de lagunas y ríos caudalosos. El mallo Firé se empapa bajo la lluvia, de las canales caen frondosas cascadas, no hay nada que hacer, aquí termina nuestra aventura. Nos recostamos a dormir, vencidos, sobre los asientos del coche. Tras poco más de una hora de sueño profundo nos despertamos. No sé muy bien dónde estoy pero veo a Christian saliendo del coche y colocándose el arnés. La lluvia ha cesado, el viento ha secado la pared y son todavía las 6 de la tarde. Escalamos la última ruta en apenas tres horas, sentimos que flotamos sobre la roca. Conocemos cada agarre, cada giro, cada panza, lo vamos a lograr. Realizamos los últimos largos al ensamble, las presas son buenas y sólidas, dan confianza. Finalmente a las 9 de la noche nos abrazamos en la cumbre. Han sido 30 horas desde que salimos del collado de Pandébano para escalar el Naranjo de Bulnes. 30 horas escalando, caminando y conduciendo, sobre todo conduciendo. Vaya idea estúpida. ¡Venga Christian, vamos a cenar! Aún nos da tiempo, conozco un chino muy bueno cerca de San Sebastian...

Simon Élias